

LA VIDA ALTERNATIVA

PERIODICO INDEPENDIENTE

CRITICA Y
INFORMACION
BIBLIOGRAFIA

PRECIO: 10 CENTAVOS

Dirección: Rivera Indarte 1030

Las colaboraciones son solicitadas por la dirección. No se devuelven los originales. Ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

PORTE PAGADO (No. 1743)

BUENOS AIRES, MAYO 1932

Administración: Avenida de Mayo 560

Suscripción a 20 números en el país, \$ 2 m/n. En el exterior, \$ 1 0/8. Anuncios Precio convencional. — U. T. 33, Avenida 4670.

AÑO V - NUMERO 11 (42)

FLORIDA, por Ezequiel Martínez Estrada

Florida es un estado de ánimo, como un templo o un lugar histórico. En su interior sólo se puede pensar de cierto modo, ver de cierto modo; Florida nos presta su alma mientras estamos dentro. Se penetra a ella en determinada disposición de ánimo, y hay días oscuros, evidentes, en que no podríamos transitarla sin cargo de conciencia. Tiene una personalidad muy fuerte, esa calle, porque es un templo, un rito y un dogma. Se camina más lentamente por allí que por otras partes; el pensamiento se modera, reflexionando con altura, abandona los pequeños cuidados a la divinidad y sufre todas las influencias de la marcha peripatética.

Como calle, fué hacia 1823, la única empedrada; de manera que su abolengo es añejo. Ya era entonces la calle limpia, cuando aun en otras se arrojan las basuras, formando ese piso rojo que en muchas partes aun malogra el asfalto y el adoquinado. Atrajo la peregrinación de la hora del rosario, que antes desfilaba por Victoria, donde el salón de Marcos Sastre presidía la moda de las letras. Calles de librerías, tiendas y modistos donde se podía vestir en inglés y hablar en francés. Calle del Empedrado, calle de la moda. Las piedras del pavimento, muy caras porque la pampa no tiene piedras, hizo posible transitar por la cazada, y la gente siguió andando por ella hasta hoy.

Florida es la fachada de la ciudad y el traje del transeúnte. Es un salón al aire libre, donde se hace sociedad sin conversar, marchando. No es que la gente que pasea tenga que ir a alguna parte, es que otra cosa es sentarse y hablar. Un salón de urbanidad y simpatía, donde nadie se conoce ni se fastidia sino de pasada. Florida deja sin asociados al club, porque satisface la necesidad de sociedad sin ninguna exigencia. Satisface la elemental necesidad de compañía, sin los compromisos y las molestias de la amistad. Así es el templo, que une las almas y los seres, sin compromisos. Florida no es siquiera la sala, es el lugar de la casa que da a la calle y que es el hogar argentino, no crea vínculos de mancomunidad, de solidaridad; es una feria de galantería y compostura. Todas las clases sociales desfilan, iguales en el aspecto, bajo la apariencia del bienestar. Sólo se exige que se conozca el rito y que se crea en el dogma.

El traje se convierte en uniforme de milicia en que se reclutan pobres y ricos. Los peatonos de Florida parecen lectores de revistas de figurines; así la librería y la tienda transpasaron el umbral. El traje alcanza ahí, como en la vidriera, un sentido de fetiche. El traje es la persona y su "porté bonheur"; pero tan correcto que no tiene los pliegues y arrugas de la persona. Es el traje de cualquiera, sin las arrugas que enriquecen la fisonomía.

La falta de orientación en la vida, de sentido resuelto, de medida espiritual, lleva al traje cuidado, que deja de ser una piel de género para ser un uniforme. Un pueblo bien vestido no es tanto un pueblo que ha resuelto sus problemas económicos, cuanto un pueblo que no tiene problemas interiores, ni arrugas. Un pueblo correctamente vestido puede estar en el tiempo etnográfico del tatuaje, que es un equivalente.

Aun vestir a crédito es haberse puesto por fuera el problema del costo; y en la casa del sastre. El vestido es para los demás, no un mero salvoconducto para circular por las calles, sino una fiesta que ofrecemos al transeúnte fuera de casa. Cuidar extremadamente el vestido a costa de otras necesidades que terminan por desaparecer, es vivir para la calle. El criollo se ve que proviene de hombres que han vivido muchos siglos en el café, que es la sala de los pobres. Florida es la avenida de los trajes, con que se empieza soñando en el bienestar. El traje es la vivienda, que se lleva puesta. Acrecentar su valor hasta constituirlo rasgo fundamental, con detrimento de otros mucho más humanos, es vivir disfrazados. Es el otro sentido de Florida: un disfraz de lujo. El traje ha de concordar con nuestro estado económico, con nuestro modo de pensar; no debe concordar simplemente con otros trajes, hasta que vestir bien sea una "félame" de sastrea.

Florida es el traje de domingo de Buenos Aires, que usa todos los días. Como el que nosotros vestimos, adquirió la calidad de fetiche, desde que Rivadavia y Belgrano quisieron transformar nuestros hábitos a base del vestido; y el feticheismo es la religión de ese templo en que se marcha. Hay

político, profesor o hijo de prócer que ya no podría cambiar su indumentaria sin que aboliese su personalidad, perdera proselitismo o renegase del apellido. Están condenados a su traje, se han convertido en parásitos de su indumento. Pero todos vestimos bien; y entonces el traje es un dato in-expresivo. Ricos y pobres vamos iguales en la fe, ostentando nuestra segunda naturaleza.

La blusa del obrero, el saco de lustrina del oficinista, el delantal de brin de la empleada, vienen a ser los trajes de la tarea, que se usan en las horas de ganarse el pan. Con la blusa, el saco de lustrina y el delantal de brin acaba el duro destino, y acaba la tarea. Se dejan como máscaras de una ficción, y el traje y el vestido de calle llevan a la realidad de una vida que se espera o que se quiere que sea más cierta que la otra: la otra vida. Por Florida se entra a osas horas religiosas. Pero el traje oculta la verdadera situación de la blusa, del saco y del delantal; oculta particularmente la pobreza, que es deprimente y que se deja encerrada en el armario, y viene a resultar así un disfraz verdadero porque es lo que escamotea el signo del trágico destino. Despojándose de la blusa y del delantal, se despojan de su papel verídico, y vienen a vivir la ilusión arrastrados por la muchedumbre espléndida. Así se originó el culto de Dionisos: del amor, de la libertad, de la alegría, colocándose el correa la piel del animal propio al dios. Las figuras románticas de su ficción de personas de teatro y la ilusión es general, porque todos creen en ella. El traje oculta la tragedia del destino y promueve al protagonista a la categoría de un soñador.

El comerciante alcanza jerarquía instalándose allí; la población que divaga se considera superior a las vidrieras, que son los frentes espirituales de los edificios. El comerciante que exhibe su mercadería en Florida, posee esos materiales con que se sueña en la calle, y los exhibe como íconos de la fe. Las vidrieras son también trajes; los trajes de las casas. Las vidrieras son todo; y los frentes de las casas, quizá de los más feos en el Centro, no se ven. La vidriera no deja ver el frente. Hasta ese superficie que la casa viste para la calle, el frente, que es lo principal de la vivienda porteña, aquí cede su prioridad a la vidriera. Los edificios, grises, bajos, viejos, no existen y si existen son arrebatados por los letreros luminosos en que comienza el sueño del cielo. Se mira hasta la altura de la cabeza y de ahí para arriba, como en toda calle angosta, no interesa lo que sigue. La realidad llega hasta la altura de la cabeza. Mirar sin elevar la vista, da una perspectiva familiar a las cosas, un ámbito reducido e íntimo, de sala. Florida acaso es Florida por su estrechez que nos impide retirarnos y ver sus vidrieras a una distancia conveniente, despegándonos de su ficción.

Como en el cine, se sueña con la fortuna y el amor. El lujo de las vidrieras, con abajas, objetos artísticos, sedas, perfumes, libros, radios, aparatos de proyección, hace de Florida el escaparate de nuestra ambición. Esos objetos son tan nuestros como del comerciante, son fragmentos de nuestra ambición. El verdadero dueño tiene juntos esos elementos que queremos tener, como sim-

bolos de una opulencia que alcanza hasta para el derroche, según pasa en los sueños. Y así es Florida como el cinematógrafo, mediante cuya magia nos aposentamos en palacios de multimillonarios, en pobres piezas higiénicas de costureras ideales, en castas de campo sin mosquitos ni aguas estancadas, y compartimos la vida azarosa de los hombres de mundo y de los reyes industriales, de los bandidos y de los artistas, o conseguimos a los treinta años un amor con que soñábamos a los dieciocho.

Esos escaparates nos ofrecen también la obtención, en sombras de pantalla, de lo que está más allá de nuestras manos y de nuestro destino, detrás de sus vidrieras. Todo lo que ese público que transita al mediodía y al atardecer sueña de noche o en los intervalos de su tarea, todos los sueños concretados en el brillante, en la mujer hermosa, en el libro célebre, ahí están, accesibles como en las sombras y lances de la pantalla. Ahí está el Jockey Club, que es también el escaparate interior de Florida, donde se sueña con los árboles genealógicos, que han dado mil metros cúbicos de madera este año, y con los toisones vivos que han bajado de precio en Liverpool, y con el juego, que es la maquinaria de la esperanza. Ahí están los bares en que sueñan los artistas, las joyerías y las tiendas en que sueñan las mujeres, las librerías en que sueñan los escritores.

Lo hermoso de esta gran ficción es que todos quieren engañarse sin utilidad, que todos están un poco en el secreto y que admiten las apariencias como apariencias, concediéndoles un sentido de realidad. Y si alguien piensa, como en la iglesia o en el teatro, que todo eso es mentira, no lo dice; y Florida sigue existiendo en las almas de los fieles.

Una vez admitida la ficción, como en el cine, lo que ocurre es perfecto, lógico y verídico. Así los chicos juegan a ser príncipes, generales y bandoleros; sin que a ninguno se le ocurra hacer notar al otro que no es príncipe, ni general, ni bandolero. Una palabra de franqueza que se pronunciara en esa calle, destruiría quizá la ilusión, si una palabra puede alguna vez ser más fuerte que cien años.

En última instancia, esos momentos de tránsito, como las horas que transcurren en el vestíbulo del cine durante la función, son impotentes para contrarrestar el efecto de la película, en el interior de la sala. Ese sueño de opulencia, de abundancia, de lujo, de buen sueldo y buen dividendo, estimulado por la planta baja de los edificios, que en realidad no tienen otros pisos, ni los necesitan, es lo que soñamos contemplando un trozo de la realidad, el que ha llegado a quedar concluido, el que todos convínimos en no despertar ni someter a examen.

En Florida encontramos el día de fiesta en el día hábil, y nuestro estado de ánimo es suyo. El tema de las conversaciones está condicionado por el ambiente: se habla de proyectos y no de fracasos. Se habla de lo que la calle quiere. Florida es un espejo cóncavo, que nos devuelve la imagen agrandada de lo que pensamos que somos y seremos. Se traza esto que somos hoy indefectiblemente y nos da confianza en lo que no tiene remedio. El estado de ánimo es optimista, porque hay más luz que en nuestra casa, porque la gente no es hostil si no va en grupos y porque nadie parece pensar en cosas reales. La ebriedad del éxito y de la fama salen con los que salen del bar y de la librería; el amor accesible con las mujeres que salen de las tiendas. Un hábito de nuevas posibilidades efunde cada uno que entra a la calle. Todos flotan sobre la realidad. Aun al oído se dicen las cosas que no avergüenzan en alta voz. La conversación también es vestida en Florida. Basta entrar a ella de cualquier otra calle, para advertir que se habla de otros temas y que las preocupaciones dejan de ser triviales y se vuelven grandiosas en una intrépida perspectiva. Es un paseo de gigantes. Desde hace más de cien años en Florida se ha convenido en ser así. Por esa calle, como por otras los crimenes, han nacido las utopías que han sostenido tantas ilusiones de riqueza, de cultura, de las que algo queda al fin. El gran argumento de esta comedia de la que soñamos, se monta aquí con todo el lujo de las escenas bien cuidadas, y al cabo algo persiste del "maquillage" en la cara del pobre que vuelve a su casa a encontrarse otra vez frente a frente con su vida.

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

Ezequiel Martínez Estrada: *Florida*. — Alberto Gerchunoff: *El buen patriotismo*. — Marcos Victoria: *Cuatro poemas de amor*. — Leopoldo Hurtado: *Partida para las islas*. — Ortiz de Montellano: *Cuerpo*. — Domingo Quiroga: *Claxon*. — Horacio Laurora: *Suicidio*. — Ogier Preteceille: *D. H. Lawrence*. — Ricardo Piccirilli: *Un documento histórico*. — Enrique Espinoza: *"Crítica y Arte"*. — Mario Suárez: *"La Fuente"*. — Fco. Amighetti: *"Imagen"*.

El buen patriotismo, por Alberto Gerchunoff

Los alemanes de los círculos aristocráticos y militares tenían una fórmula para sintetizar su desdén por las personas cuyo espíritu no armonizaba con el de ellos: "no es buen patriota" decían de un modo definitivo y categorico de cualquiera que no fuese demasiado visible en las paradas de Postdam o en los paseos elegantes de Berlín. En cambio, era "buen patriota" aquel a quien se veía en las cabalgatas navales sobre los veredones del Tiergarten o que ostentaba, en los días nacionales, la consabida escarapela en el ojal y se mostraba, en la acera de las calles por donde pasaban los automóviles de la corte, dispuesto a aplaudir estruendosamente al príncipe anunciado con previos toques de clarín. Alemania se había dividido así en dos clases distintas de ciudadanos: los beneméritos, los que calificaban su grado de utilidad social con la máxima expresión del patriotismo, y los que pertenecían a la indole de la gente dudosa, dada a los peligros del raciocinio individual y al posible albedrío dentro de la vasta masa disciplinada del imperio. Entre estos últimos se contaba Alberto Ballin, el famoso naviero, que hizo más por la grandeza de Alemania que todos los cancilleres posteriores a la unidad política y a cuyo genio organizador y emprendedor debían los alemanes la extensión sensible de su poderío, la difusión fácil de sus industrias, las conquistas rápidas y enérgicas de su comercio. Creó la navegación alemana dándole en pocos años tal brío que llegó a rivalizar con la inglesa, convirtiéndose en uno de los más potentes instrumentos de comunicación intercontinental. Pero no era un buen patriota. No se advertía su figura de hombre modesto y atareado en los palcos principales de la ópera imperial, ni salía en las fotografías de los periódicos ilustrados con el pecho lleno de cruces, al lado de generales y dignatarios. Trabajaba en su oficina, trabajaba en su casa y, cuando ya no podía más de fatiga, se refugiaba en algún agradable hotelito de balneario para jugar al bridge y leer — cosa verdaderamente indigna de una persona seria... — historias de brujas y versos de amor. Además, había dado pruebas de su defectuoso patriotismo que podía interpretarse en repetidas oportunidades, como impulso de un carácter rebelde: no gustaba de los títulos de nobleza, no le causaba fruición poseer condecoraciones del reino de Prusia. Muchas veces le ofreció el emperador emblemas por sus "estimables servicios". Ballin supo resistirse y hasta se acabó por considerar en las tentativas de palacio y en los corrillos de la cancillería que no era por eso un delincuente definido.

En cierta ocasión, el príncipe de Bugra le dijo, al verlo salir, apresurado como siempre, de la biblioteca de Guillermo II.

—He oído decir, señor Ballin, que usted ha rehusado el título de conde.

—Es verdad — contestó: — lo he rehusado porque yo no tengo tiempo para ser conde o barón: soy una persona muy ocupada.

Eso agravó su fama de patriota discutible. Cuando vino la guerra, Ballin fue uno de los pocos ciudadanos alemanes que tuvieron el valor de no rezorjarse. Su alegre humor de obrero, habituado a realizar con sencillez y con facilidad tareas sobrehumanas se tornó huraño y cayó en profunda tristeza. Veía el derribamiento del imperio en su formidable flota estacionada, en la total naranización de las grandes industrias, en la soledad de la nación, en la in-

mensa que asomaba para días muy próximos. Se opuso a las iniquidades cometidas en Bélgica, se opuso a la campaña de los submarinos, aconsejó una pronta paz. Entonces, el círculo de los Hohenzollern empezó a descubrir en el viejo constructor de la riqueza alemana a un enemigo de la patria. Von Tirpitz, con su barba pluvial y su corazón de antiguo burgrave, no dejó de denunciarlo al káiser como elemento temible, y los generales y almirantes que gozaban de la privanza del regío amio no perdían oportunidad para decir en la mesa de los acuerdos solemnes:

—La actitud del señor Ballin no es extraña; al fin y al cabo, no es un buen patriota alemán. Es un judío...

Y no era un buen patriota porque no quería el hundimiento catastrófico de largos siglos de convivencia nacional y de un siglo de fructuosa y recia faena que había transformado a Alemania de los electorados y de los reyezuelos en el enorme país

de las universidades y de las usinas, factor del progreso mundial, dueño de los mercados distantes, proveedor de fabulosas colonias, banco y taller del comercio de la mitad de Europa, de América, del Asia y del Africa. Ballin era patriota de este modo.

Es lo que condenaron los representantes del patriotismo oficial y, mientras von Tirpitz, el kronprinz o Ludendorff fabricaban los gruesos comunicados proclamando diariamente la indispensable ración de victorias, el triste Ballin, cada vez más silencioso y más sombrío, se ocultaba y se substraía al espectáculo de la ferocidad desencadenada. Y sucedió lo que tenía que suceder. La monstruosa máquina de guerra se detuvo de golpe, el trono sagrado se hundió en la derrota y el edificio íntegro de la nación se vino abajo en un décimo de segundo. Ballin, que había contribuido al esplendor de Alemania, que había sido un insigne artesano de su adelanto, no pudo soportar semejante dolor y puso fin a sus días, en tanto los patriotas de discurso, de eufonazo y de escarapela siguieron debatiéndose en la baja como se debían antes en la crueldad.

CUATRO POEMAS DE AMOR

I

—¿Quién te enseñó ese gesto, esa maniobra profunda de abrirte la blusa, de abrirte la oculta ventanita de seda?

—La inventé para ti. La inventé porque te quiero, Bésame.

Y era como franquear una jaula y besar el pico encendido de un pájaro rosa.

II

—¿Quisiera morir contigo, ahogada en un loco mar, en un mar de los trópicos, ardiente y luminoso como un sueño. Ahogada, no con aguas repugnantes del océano, sino con el agua dulce de tu boca. Ahogada yo, ahogados mis pechos náufragos y mi sexo y mis piernas y mi ternura en el agua espléndida de tu carne. Agua azul, sin tiempo y sin cielo, de tus brazos. Mar de diamantes, sobre tu vientre, sobre tu boca.

Oh, Paraíso inextinguible...

III

Teníamos las caras sudorosas — yo, la barba crecida; ella, las mejillas éreas — los ojos conservados, temblando en las manos, sed.

Y nos latábamos y bebíamos de brucas, rabiosamente hasta saciar los vientres, en el agua amarilla del alba.

IV

No, las palabras no medirán nuestros cuerpos. Tienen las dimensiones de nuestros labios, su pequeñez, la dureza de nuestros dientes, la estrechez de nuestros libros cerrados.

Las palabras medirán la torpeza de nuestras conversaciones, el vacío de nuestros silencios y de nuestra duda, la vigilia miserable de nuestros recordamientos bajo los soles eléctricos.

Las palabras no medirán nuestros cuerpos. ¿Qué frases, qué maldiciones, qué cantos serían dignos de ellos, si hablasen? ¿Qué lenguaje sin palabras? ¿Qué le diría a tu seno mi pecho? ¿El labio bernado de tu seno, qué me diría? ¿Qué monólogo contenido durante veranos no estallaría el silencio de tus mustos mudos? ¿Qué aprietan? ¿Qué deslumbrador secreto aprietan?

Discursos de caricias, poemas heráuticos de luz, alas ciegas, limas asesinadas en la garganta del alba.

Y la prieta, copa morena de tu sexo y su terciopelo, y la dureza de tus riñones, si hablarán a mis manos, si hablarán a mis rodillas...

Ah, yo he escuchado su lenguaje terrible. Yo he hablado.

Y las mil bocas de mi carne muerden ahora sin incorrable mudos.

Alemania ha cambiado. Mientras los reaccionarios intentan restaurar, con sus príncipes y sus funcionarios prusianos, el régimen prerío para traer de vuelta al misero boticario escondido en Holanda, los que allí se ocupan de la reconstrucción nacional y estudian los antecedentes y las causas del desastre, comienzan a hacer justicia a los hombres como Ballin. Y resulta, según ellos, que hay un buen patriotismo y un mal patriotismo. El buen no consiste en la declamación caricaturesca, en la ostentación de medallas, de cruces, de banderas, de insignias, sino en la aplicación honesta de ideales honestos, en el trabajo seguro y sólido, que proporciona el bienestar del mayor número, en el noble y perseverante esfuerzo de las escuelas, en las bellas fundaciones, en las actividades útiles. ¿No es esto caso de Alemania, ese vuelco de concepto, esa inversión lógica de criterio una lección provechosa para los pueblos jóvenes que, como el nuestro, no han aprendido aún las nociones realmente hondas del patriotismo constructivo? La patria no puede ser un tema de juegos florales. Es otra cosa. No puede limitarse al elogio de nuestras cualidades, sino a su aplicación. Pero, es lo que en los países de la América del Sur no se sabe todavía y aun resulta sospechosa la persona que prefiere la obra al discurso, la crítica honrada y estimuladora a la apología reventada de floriponies tropicales. El ejemplo de Alemania no ha penetrado aún en nuestros espíritus y falta todavía tiempo hasta que comprendamos la ventaja de la seriedad efectiva, de la consagración obstinada a la labor fructífera, silenciosa y conquistadora. Somos demasiado patriotas el 25 de mayo y el 9 de julio y no lo somos durante el año entero y es por eso que no sabemos resolver los más pequeños problemas económicos; es por eso que no tenemos con que alimentar las industrias, no obstante poseer bosques infinitos: es por eso que el país arrastra, como un grilete sin fin, sus quinientos mil analfabets: las escuelas organizan festivales en vez de enseñar y los ciudadanos se empeñan en demostrar que somos los más admirables patriotas del mundo en vez de dedicarse al trabajo y a la creación que nos harían verdaderamente respetables.

La vida ribereña se ha refugiado en las cantinas. Desde la acera se atisba la negrura de los interiores, donde las luces brillan sin iluminar, como en las iglesias. Se penetra en la penumbra ruidosa de un vasto recinto, repleto de parroquianos. La humedad, al acentuar los olores, carga el aire de un zere tufe de carne asada, mugre y tabaco fuerte. El humo de la parrilla, donde se asa la carne, es particularmente desagradable a esta hora matinal. Son las ocho, apenas, y ya esta gente va en su segundo bife y su cuarto vaso de vino.

Es difícil sintetizar un tema en la algazara poliglota. Abunda el italiano, más o menos dialectal, el español español y a veces también, pero muy raramente, el argentino.

La cantina constituye un verdadero oasis de sociabilidad en la soledad ininterrumpida del isleño. De allí surgirá la amistad y la enemistad, la nota social, el color político, mientras desaparece la carne entre las quijadas que la mastican con ritmo veloz, renojada en esa tinta nauseabunda del vino barato.

Para estos hombres, el día ha terminado ya. La claría de sobremesa, reciamente acodados en el mostrador, o en el hule grasiento de las tablas, es el coronamiento de una larga jornada de trabajo, jornada que ha comenzado dos o tres días antes. Primeramente la recolección de la fruta, encaramados en la escalerita triangular, pendidos entre las ramas del duraznero, o en el fangal de los membrillares, a veces con el agua a la rodilla, sangrados por los mosquitos o por el chicotazo de la rama flexible, dolorosa como un látigo. Luego el transporte hasta la canoa, llevada a la entraña misma del

SOCIEDAD DE AHORROS EN PARTICIPACION

LA COLMENA

CREADA Y ADMINISTRADA POR EL Banco Popular Argentino

RECIBE AHORROS

que se invierten en BONOS HIPOTECARIOS (debutarios) del mismo Banco de 6.1/2 %, los que a la cotización actual producen una renta superior a 7% anual

LOS FONDOS PUEDEN SER RETIRADOS EN CUALQUIER MOMENTO

Pidan prospectos a nuestra casa Central FLORIDA esq. CANGALLO

Partida para las islas, por Leopoldo Hurtado

Cae la lluvia con lentitud pegajosa. El cana, enchapado de aceite, se adormila entre los desperdicios. A menudo la voracidad de un bagre, altera la barrosa superficie con su tarascón de soslayo.

Todo está quieto en el ambiente. La costa fangosa está desierta. Los eternos desocupados, que vigilan el ir y venir de los barcos, se han refugiado en la casilla de la prefectura y en el quiosco de la nafta. Desde allí, miran en silencio las embarcaciones apretadas junto a la orilla, al parecer abandonadas; si no fuera por el humo que sale de las cocinitas de a bordo.

A lo lejos, cherría una grúa levantando troncos, y una zorra voladora levanta pacientemente un médano artificial de arena mojada, o vomita una pequeña avalancha de piedra molida. Algún lanchón cargado de madera o mimbre se desliza con desgano. Junto a un vagón de ferrocarril, desamparado, se amontonan palas grises que vienen volando desde el fondo de una chata.

Los vendedores de diarios y de caramelos pregonan su inútil mercancía, con resignada indiferencia a la intemperie.

De la carnicería próxima, sale el muehacho con una pesada canasta bajo el brazo. Lleva, en dirección a los barcos, la carne que consumen las Islas. De un gancho y una etiqueta cuelgan trozos rosados y sanguinolentos, ristas de chorizos, ligados caqla. En invierno llega todavía fresca y apetitosa, pero en verano, asoleada en la proa y abombada por el calor del barco y la resolana, despiende un fuerte olor a carne pasada; deberá durar todavía un par de días antes de ser consumida, en ese ambiente húmedo del delta que acelera las putrefacciones.

La vida ribereña se ha refugiado en las cantinas. Desde la acera se atisba la negrura de los interiores, donde las luces brillan sin iluminar, como en las iglesias. Se penetra en la penumbra ruidosa de un vasto recinto, repleto de parroquianos. La humedad, al acentuar los olores, carga el aire de un zere tufe de carne asada, mugre y tabaco fuerte. El humo de la parrilla, donde se asa la carne, es particularmente desagradable a esta hora matinal. Son las ocho, apenas, y ya esta gente va en su segundo bife y su cuarto vaso de vino.

Es difícil sintetizar un tema en la algazara poliglota. Abunda el italiano, más o menos dialectal, el español español y a veces también, pero muy raramente, el argentino.

La cantina constituye un verdadero oasis de sociabilidad en la soledad ininterrumpida del isleño. De allí surgirá la amistad y la enemistad, la nota social, el color político, mientras desaparece la carne entre las quijadas que la mastican con ritmo veloz, renojada en esa tinta nauseabunda del vino barato.

Para estos hombres, el día ha terminado ya. La claría de sobremesa, reciamente acodados en el mostrador, o en el hule grasiento de las tablas, es el coronamiento de una larga jornada de trabajo, jornada que ha comenzado dos o tres días antes. Primeramente la recolección de la fruta, encaramados en la escalerita triangular, pendidos entre las ramas del duraznero, o en el fangal de los membrillares, a veces con el agua a la rodilla, sangrados por los mosquitos o por el chicotazo de la rama flexible, dolorosa como un látigo. Luego el transporte hasta la canoa, llevada a la entraña misma del



LEOPOLDO HURTADO, por Amighetti

El barco está obstruido por todas partes por una carga heterogénea. Cemento en bolsas de arpillería y de papel; hierro trabajado, herramientas, camas, puertas y ventanas "standard", madera dura para las fundaciones, única que puede resistir la humedad constante del suelo, aceites, de oliva los menos, de mani y algodón los más, aceites que sirven indistintamente para las ensaladas y los cojinetes; ristas de ecollas y de ajos; bolsas de harina, de pan, paquetes, paquetes, paquetes... Hacia la proa, la carga de carne, como ya dijimos.

El alimento espiritual de las islas va en forma de paquetes de diarios, de revistas, de folletos, diarios locales de San Fernando y de la Capital, de más de cinco pisos y más de cinco secciones. Hay un tripulante en cada barco, encargado especialmente de la distribución de todo este material impreso. Su desempeño requiere las primeras letras y un brazo fuerte, porque cada diario describirá un viaje aéreo, desde el barco hasta la tierra firme, como esos aviones que lanzan los barcos de guerra con una catapulta. El diario o la revista es arrojado de revés, con seguro envío. Las cartas y papeles van controlados a un tronquito de álamo, que les dará peso y cuerpo para llegar; facturas, cuentas, prospectos, etc. Ya no se usa tanto la propaganda impresa, porque la radio la ha suplido con ventaja. Gracias a la radio, el isleño tiene hoy sus concionistas preferidos, discute acerca de la última función del teatro Colón; sabe del asalto de box del match de football, del último discurso político de la Cámara.

El tránsito por el barco se hace difícil. Llega rezagado el último caso de vino, de 500 litros, cuyo fabricante, por una curiosa coincidencia, tiene un nombre muy parecido a Gargantua... Encargos hechos a gritos, desde el agitado mundillo de a bordo, y desde el plácido y contemplativo concurso de la orilla.

Suena por última vez el pito del vapor; la escena de la partida tiene mucho parecido, por lo complicada y lenta, con el arranque de un transatlántico.

Antes de largar la amarra, el capitán repasa en su cabeza la lista de los encargos. Han sido hechos en los arroyos y canales, desde los embarcaderos, al paso del vapor. No; al capitán no se olvida de nada; y da, no muy seguro de su memoria, el timbre de arranque, con el temor de que, no antes de la vuelta del canal, empezarán a aparecer los encargos remisos, perdidos en un rincón de su cabeza, aquel precisamente que había olvidado de rasarse.

El dum dum de la máquina coincide con el charpoteo de la hélice, en el agua barrosa del canal, y el extraño hastimento comienza a resbalar a lo largo del muelle, en una estela olorosa de guiso; y relente de máquinas. La pequeña velocidad de diez o quince kilómetros por hora le permitirá llegar, entrada la noche, a los confines del delta, en la costa de Entre Ríos.

CUERPO

Fragil mezcla de barro y de colores
tributaria del sol que la madura.
Anatómica, exacta, arquitectura
Estación de placeres y dolores.

De savia forestal cuerpo de olores
sujeto a cicatriz, por la hendidura
del ojo y de la sed me fluye, oscura
—ciego que ve— la voz de mis mayores.

Debilidad del arco y los festones
vulnerables al yerro y la caricia,
lete-pulso del sueño y la noticia,

olvido de la vida que me impone,
Cotidiano nacer a la delicia
del ojo, de la piel, de los pulmones.

Ortiz de Montellano

México, marzo 1932.

Escriba Ud. un Libro

o termine el que está escribiendo

Nuestra técnica y nuestros precios le resolverán el problema de la impresión.

Las más importantes obras que se editan en el país, salen de nuestros talleres.

Consúltenos

IMPRENTA LOPEZ

GRANDES TALLERES GRAFICOS

PERU 666 - BUENOS AIRES

Marcos Victoria

Pida todos sus libros

españoles, franceses o en cualquier otro idioma, a la

LIBRERIA ESPAÑOLA

LEON SANCHEZ CUESTA

10 Rue Gay-Lussac, París, V

Cada libro es enviado desde el país de origen, y por consiguiente al más bajo precio y con el minimum posible de gastos.

Depositario de: LA VIDA LITERARIA

SUICIDIO

por Horacio Laurora

Muchas veces se lamentaba del mundo opaco y endurecido. La tierra era agreste, hostil. Su vida un tránsito monótono, inabarcable. La luz de los amaneceres consistente y desolada.

Entonces le acometía el impetuoso deseo de ir a mirarse el rostro demacrado, siempre en el mismo cristal de la ventana abierta, que reflejaba el mismo rincón de su habitación: un estante con libros y un paisaje al acurcarse sumido en la penumbra.

Al mirar los libros, una lenta y absorbente nostalgia, como una marea fatal e ineludible, empujaba a impulsarse desplazándose impensadamente, sin motivo, hacia un mundo perdido: la infancia. Le costaba esfuerzo libertarse de ese impulso, de esa fuerza remota.

A veces la infancia le solazaba como si fuera a una romería de lugares dichosos, pero frecuentemente le entristecía, le dolía, porqué recordaba en su carne aquel dolor lejano, aquella visión de sábanas blancas y frías, de lecho de hospital, de fiebre; una torturante conmoción en las frías arterias, recién regadas por la sangre de la vida.

Y si no quería pensar en eso, se intentaba desasirse de esa atadura distante, se le volvían los ojos a la adolescencia. Cuando la vida era un paisaje sumergido. La nostalgia como una gelatina cubría todas las cosas y desfiguraba su contorno. Mundo impreciso, enmarcado de imágenes.

De esa manera llegaba pronto a sentirse exhausto, aniquilado como después de un sufrimiento. Abandonaba esos recuerdos agitado por el presentimiento de que iba a caer enfermo.

Cada día, al salir de ese letargo, se avergonzaba más y más de entristecerse tanto y tan inútilmente. Si alguna vez sorprendía, intentaba una fuga de tales pensamientos con un pudor ingenuo de un niño acosado de pronto por la presencia hostil de una persona mayor.

Sin embargo, a través de la vida, aquel mundo se fue empujando y empezó a cubrir su espíritu un sentimiento de lejanía que le daba la impresión de ir llegando a una orilla opuesta, navegando en un agua espesa y dificultosa.

Pero antes de llegar a eso momento, hubo un tránsito interminable de años acuciados por un dolor vasto y una melancolía latente, que ante el menor rozamiento, despertaba del golpe. La sangre como un fluido quemante y desordenado corría por sus arterias y eso fue, como si corriéndolo por su cuerpo se volcará en lo que le rodeaba, le ofrecía a los ojos un mundo transfigurado, lleno de ruidos violentos, de voces garrasas, de luces en oscuridad. Los brazos se le caían anquilados. El aire se le espesaba en el pecho, se le hacía trabajar la respiración y hasta la vida.

Estando en esa situación pensaba muchas veces en la muerte, como en un final lírico o un epílogo de novela, de esos que en otras ocasiones le parecían elaborados para producir melancolía en los espíritus pueriles.

Otras veces le acometían arrebatos de creer que el mundo era nuevo y vigoroso y el alma de los hombres limpia y suave como un agua tranquila. Sentía en sí la frescura que en otros lugares le habían impregnado los árboles y el campo mojado. La sangre era una savia vital, que le corría por todo el cuerpo como una energía desconocida. La vista se le recreaba con mirar cualquier cosa. La alegría de un niño que mira jugar se le transmitía con una facilidad que parecía provenir de la transparencia del aire y de la felicidad transeúntica que había en sus pupilas.

Como hubiera querido que la vida transcurriera siempre en esa forma.

Pero era inevitable que al día siguiente volviera a repetir la contemplación absurda de su rostro estirado en el cristal de la ventana y viera que de pronto se había estumado toda su lozanía y que el mundo había perdido su distanancia.

Algunas veces se preguntaba inquieto: ¿en qué lugar del mundo será posible que la vida se deslice sin cansancio, con cielo siempre nuevo y suelo recién mojado?

La pregunta desaparecía cuando en la calle le impedía el delirio que mueve a la gente, constantemente en marcha, continuamente agitada.

Las mujeres no perduraban en su vida. Le inspiraban una desconfianza ridícula, pero que le era imposible reprimir.

Allá lejos, en la adolescencia, veía su figura de muchachito pálido y soñoliento.

Siempre, todas las mañanas, a través de los vidrios sudados de frío, dibujaba los árboles del patio y oía la voz del campanario.

Había que levantarse y meter la cara en el agua helada.

Después el camino a la escuela pisando siempre las mismas hojas secas y amarillentas. En primavera los árboles renacían, como los colores en su cara.

Así eran los días de iguales.

Pero una vez volvió a su casa transformado. Algo nuevo y enorme le hizo rebalsar toda la nostalgia que vivía dormida en su espíritu. Toda la tristeza que llevaba encima y que hasta entonces se había exteriorizado en un mutismo ausente, una vaguedad de movimientos realizados en la niebla, una voz lenta, hastiada de antemano.

El amor. Insoportable, maravilloso, torpe, tumultuoso. El amor, desconocido, absorbente, peligroso para su frágil contextura.

Immense y contemplativo. Torpe porque le turbó la visión del mundo. Tumulados en voces ocultas e imágenes nostálgicas hasta la desesperación.

Sintió una tan repentina necesidad, su espíritu embrionario y reciente, de expresarse en emociones enfermizas como su naturaleza, que buscaba de continuo un motivo de melancolía. Y empezó a sumirse en la exagerada tristeza que le impregnaba Chateaubriand, fantasmagórico, espectral, tembloroso dulce y tético para sus quince años aterrorizados por ampulosas e imaginadas desventuras.

Amor sin felicidad, demasiado enorme e inexperto para ser complacido, le consumió, tenaz, lentamente, dos años de vida.

Después de esa larga dislocación afectiva quedó vacío, apagado.

Era el reposo posterior a la fatiga. Era el hombre que empezaba a dudar de la inconsciencia estéril y morbosa, pero que sentía, sin quererla, sin poder desalojarla de su alma, la tristeza nueva de la ventura inalcanzable.

Eso le llevó a una inercia sentimental que en ocasiones le molestaba a él mismo, como si se sintiera blanco de su propia amonestación.

Un día mirando la hierba del patio se dijo: "¿Debiera suicidarme o vivir. No estar en rededor del mundo".

Involuntariamente volvió la cara y se vió como siempre reflejado en el vidrio.

Un asco repéntino, una energía desusada, le hizo apoyar la mano en la hoja de la ventana y empujándola violentamente la hizo estrellar contra el marco. Su rostro humilló desapareció vertiginosamente del vidrio seguido de un estrépito de cristales rotos.

Miró otra vez y donde hasta entonces había visto su rostro demacrado y pálido le asombró ver el cesped y los árboles del patio.

Asomó la cabeza a través del reguadro libre y miró los cristales esparcidos como si fueran los despojos de su imagen deshecha.

CLAXON

por Domingo Quiroga

La Habana es una gran factoría policroma, sensible y fecunda. Desde el aire en canguro esbozado en la tela, rabiosamente ahí del mar. La bábil del mariposo, donde como hijos, hijos no hechos, descansan las naves. Cuando en la hora de la tarde, en que al azul se le va pasando la rabia, rabia de calor, una tras otra va la bolsa expulsando tímidas las naves, aquello es una ganancia, unos gusanos rígidos que huncan y resbalan por los costados del desvalido color del mar. Por capricho de historia la ciudad conserva sus viejas fortalezas. La Cabana, desfilándose al abismo, quiere atragantar el cuello del mariposo con sus cascotes rojos, cocidos, con sus cañones adornados de cardenillo. ¿Que se derrumbe pronto! Dentro de sus muros, ardiendo en entusiasmo, se han revolado en sangre unos cuantos románticos.

No se puede mirar a ella sin sentir el escalofrío de una descarga, sin oír la historia, sin maldecir la tradición. Donde cae el héroe está la epopeya. El Morro. Donde cae el fusilado está el crimen. La Cabana.

Sol, mucho sol, ceguera de sol. Sol que da anemia y mantiene un verde perenne que abarrota. Mata a los hombres y aviva a las plantas. Aquí no fué el tiempo quien transformó: fué Pluto. Lo más antiguo suele ser de antigüedad mentida. Y lo moderno anda revuelto con la mentira de lo antiguo. El domo pesa sobre La Habana. Interrogante brutal... ¿Qué hacer? Esto es un hormiguero. Hay que convertirse en hormiga. Dejen que canten y se mueran de hambre las cigarras de Europa, pero aquí nos morimos de trabajo. El Golfo es mar de fenicios. Restalla el látigo de los comités. ¡¡¡¡¡

La tierra temblorosa y húmeda recibe nuestra azada, pero no nos da su fruto.

Nos roban, hermanos, nos roban. Nos roba el sol, nos roba el ocio, nos roba el rubio, porque tiene más glóbulos rojos. Lo venceremos, si lográramos del sol que le comiese tal riqueza, pero se hurtan discretos a sus rayos. Saben huirle.

La ciudad es nuestra maldición, amigos. Su destino se trazó ya, tarde o temprano, el tiempo es nada, la ruina.

Las humaredas de los ingenios nos envienenan. ¡Ya no despertaráis al son de la campana, no se oír el trote de vuestras cabalgadas heroicas, ni empujaréis la tea, ni os gozaréis dando fuego al maduro cañaveral, para que en pira, sobre el cielo augusto y bien curvado, se revele en púrpura y humo la diosa flusa de la libertad.

En pulido acero corona el radiador la santa Velocidad, todo casco recto al viento.

Campo de Cuba, sin machetes en alto, palmera cuya firme elegancia ha matado el espolo oficial. ¡¡¡¡¡

Aquí vamos los cosacos del automóvil. Bajo su rodamen chacean los buesos de tus bravos. Adlós, última guerra romántica. Te hemos aplastado. El valle aulla y trepida. Verde y verde, mar de esmeralda del cañaveral.

Joya que estamos vendiendo al precio de la libertad.

¡Héroes! ¿Dónde estáis? — Nada; las laderas emudecen.

¡Guerra! Sus, a mí. — Que nos llevan, que nos arrancan la tierra a grones. Nada.

Un alarido de claxon y ¡adelante!

Y estas colinas que derrumban sobre el valle troyano de palmeras, esta otra transparencia que vamos quebrantando en azules cristales, este paisaje que enorgullece y subleva, este don, este bien se ha perdido? Frena y pregunta, en el boho por la guttara que heredan por su galante padre andaluz; frena y pregunta al gaujero que hizo de tu patria en el mundo flor de marayilla; pregunta, si permanece la alegría en sus campos; que te cuente muy en silencio, en el gran silencio de la esfinge humana, si vibra en el ambiente, en este ambiente que invita a la entrega el impulso yarouli de la Insurgencia; si hay épica en el recuerdo y si el pulso es firme al tomar la manera del arado actual. Pregúntale por sus gallos. ¿Se mezcla su sangre arrojante con la soberbia dorada de los centenas?

Y a ti no te importe el color de la piel ni la miseria de tu origen; todos venimos de la selva. ¿Quién sabe lo que hace sepultado bajo la estúpida lujuria del Tumbuctú? Quizá en el mudabil rito de la cultura tú fuiste primero o pudieras ser después. En el ensucio, en el otro traspaque, impulsando culturas gigantes, vaza nuestro color, pueblo/sos pechados de piel morena. Eras negro, pero cuando la tralla nos cruza a los dos por igual, brota la misma sangre roja de tus heridas y de las mías. Fuerte, dejám que sin uncrite emplee tu fuerza. Seamos generosos. — Ven de nuevo a los campos de la Libertad. — Cada uno a lo suyo y el cielo que nos cubre con todos. Es la doctrina radiante de vuestro Forjador.

Rueda, caballo de Tjaya reditivo. Somos la era moderna sobre el nuevo campo de Cuba. Amplitud, fertilidad, estradas chimenas.

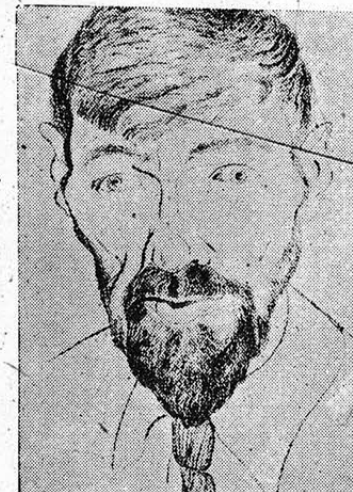
Desplómate, pelicano y escarba en el légame del Yumuri.

Libertad, libertad, gran voz que es preciso oír sobre las cumbres de este Sinaí.

Y el claxon responde: Detroit, Cleveland, New York.

¡Qué lejos estáis, buen padre Lincoln!

D. H. LAWRENCE



D. H. LAWRENCE, según un autorretrato

Quisiera relatar, siquiera sucintamente, una vida que considero ejemplo típico de nuestro momento social desquiciado y una magnífica lección de entereza.

Había nacido Lawrence en la choza de un minero. Su infancia en la pequeña ciudad de Eastwood, ennegrecida por el carbón, fué el primer acto de su tragedia vivida. Si la mal llamada "escuela única" — que en Francia propugna un radical universitario como Edouard Herriot y en Inglaterra un aristócrata conservador como lord Cecil — necesitara de nuevos ejemplos en apoyo de su necesidad, podría recurrirse al caso de David Herbert Lawrence. Llenas las Universidades de gansos inútiles para toda labor intelectual de alguna altura, que allí malgastan el dinero de sus padres y el tiempo de sus profesores — sin provecho para nada ni para nadie; pero con daño de la colectividad, que habrá de soportarlos luego como gobernantes, magistrados o parásitos —, un temperamento genial como el de este hijo de proletarios, el más rico en dones de toda su generación, queda excluido de las aulas, privado de la necesaria formación, por la mísera pobreza de sus progenitores.

Corrió fuerte riesgo Lawrence de quedar sepultado para siempre en un mísero pueblucho minero. Sólo a una beca, ganada a los doce años, debió la posibilidad de ingresar en el Instituto de Segunda Enseñanza de Nottingham. Cuatro años después, tenía que abandonar los estudios para entrar en una triste oficina — había que ganarse el pan —, donde contrajo la tuberculosis que acabó por llevarle a la tumba.

Se dedicó a la enseñanza. Fué maestro en una escuela de pobres, donde la sola tarea de mantener el orden entre los muchachos, tan mal nutridos como revoltosos, era superior a sus fuerzas físicas. Sin embargo, seguía estudiando — de noche — en su casa. A los diecinueve años se halló el primero en la lista de concursantes a una beca universitaria, que no pudo aprovechar, empero, por carencia de recursos. Dos años más tarde logró, a pesar de tantos obstáculos, entrar en el Training College — Escuela Normal — de Nottingham. Su vocación literaria se había despertado ya plenamente; pero para poder escribir había que poder comer.

A los veintitrés años marchó, como maestro, a una escuela de los suburbios meridionales de Londres. Quería estudiar el francés y el alemán y terminar su primera novela, *El pelo real blanco*, que publicó en 1913. Logró un buen éxito y despertó expectación y esperanzas. Poco después abandonaba ya la enseñanza para dedicarse por entero a su arte. Tras *El Transgresor*, que acrecentó la general curiosidad en su torno, dió la mejor novela de su primera fase, *Hijos y amantes*, conceptuada inmediata y unánimemente por la crítica de lengua inglesa como una obra maestra.

Había puesto el pie en el primer peldaño. Pero no había terminado la lucha con la miseria, que todavía tenía que hundir las garras en su pecho enfermo, y empuzaba su lucha abierta con la coevidad, con los prejuicios, falsedades e hipocresías de un orden social educto y cruel. Afirmada su fuerte personalidad de escritor, iba a manifestarse a plena luz el hombre, el rebelde.

II

En la Universidad de Nottingham conoció Lawrence a Frieda von Richthofen, hija de un ex gobernador de Alsacia-Lorena y hermana del teñiente que tanta fama — de macabra índole — había de conquistar durante la guerra como as surpreno de la aviación alemana. En 1914, pocos meses antes de estallar la contienda, se casaron el hijo del minero y la joven húngara.

He dicho ya que la rebeldía de David Herbert Lawrence no era una mera actitud literaria, y que su protesta vigorosa trascendía a los límites puestos a su expresión artística. Había conocido de cerca la miseria de los esclavos de la mina, y no podían dejarle indiferente los episodios de la lucha social. Sabía los apetitos turbios que se parapetan tras las excitaciones patrióticas, y su reacción frente al crimen enorme de 1914 fué de un hombre entero. De un hombre que ama la vida, que contempla fluir en torno para apresarla en el sutil tejido de la novela o del poema, que también la siente latir generosa — aunque herida — en su

pecho, y no puede reprimir el grito de horror y de indignación contra la matanza bestial, estúpida, pero glorificada, disfrazada de oropeles y lemas grandilocuentes.

Lawrence, enfermo, había ido en busca del clima suave de Cornwall para reponerse. Su pobreza, una vez más, no le permitía llevar la vida de reposo que exigían a la vez su salud y su obra literaria. Para poder escribir, trabajó en el campo como un simple obrero agrícola... Mas había estallado la guerra, y Lawrence no se recataba en expresar los sentimientos que le merecían los responsables del monstruoso conflicto. Antimilitarista declarado, alemana ella, ¿a qué decir más? Los celos de Cornwall.

La negra miseria una vez más. Tuberculoso, no tuvo necesidad de consignar su "objeción de conciencia" para cludir el servicio de las armas. Pero la Policía militar le persiguió sañadamente. Se sospechaba que fuera un espía! Compendio de la humana estulticia, fué esa obsesión, esa pesadilla de cuatro años, durante los cuales en cada espíritu capaz de mantener un poco de sercuidad e independencia de juicio se vió a un espía venal. Terminada la guerra, Lawrence marchóse de Inglaterra con su mujer, en voluntario destierro.

Quien ha vivido esa tragedia horrenda y sentido la rebelión íntima contra la hecatombe de 1914-1918, quien pertenece a esa generación "destrozada por la guerra, aunque se salvara de las granadas", y lleva ese drama impreso en todas sus fibras, tiene que sentir también por Lawrence una estimación íntima y especial. Como por un genial camarada. Una fraternidad que brota de comunes heridas incurables. Cuando tantos escritores — hasta fuera de los países azotados por el cataclismo — perdían el sentido de dirección, quedaban sordos a su imperativo humano, para sumirse gregariamente en la corriente vesánica, Lawrence alzó la frente y alzó la voz. Que conste; porque fueron pocos.

Mientras tanto, en 1915 salía su novela *Arco Iris*. La crítica fué unánime: se confirmaba la potencia de un escritor de primera línea, Luis Untermyer, el poeta norteamericano, dió de *Rainbow* que era "la novela más poética y penetrante que se había publicado en diez años". La Policía inglesa, empero, recogió y destruyó la edición. El golpe, añadido a las luchas a que antes aludimos, fué duro para Lawrence. Durante cuatro años no volvió a escribir una línea.

Salido — según dijimos — de Inglaterra con su esposa, Lawrence viajó unos meses y se instaló con ella en un rancho de Nueva Méjico, cerca de Santa Fe, "en una casa de adobes, medio desmor-

nada". Allí escribió *Mañanas de México* y *La serpiente con plumas*.

A estos siguieron en unos pocos años diez o doce libros, entre novelas — la mayor parte — y poesías. Cada nueva obra era un éxito más, que producía sensación en los círculos literarios e indignación en los círculos oficiales. El entonces ministro conservador de la Gobernación en la Gran Bretaña, sir William Joynson Hicks — el famoso pintoresco, vehementemente y reaccionario *Jir*, hoy lord Brentford —, era uno de los más ardientes enemigos del escritor. Le manifestó arrogándose atribuciones de censor contra sus obras. Viviendo Lawrence en la aristocrática dama hubiera sido, según su tumbre en las obras de ficción y fuera de ellas, un caballero de su rango, ¿quién sabe? Pero resultaba ser, en ese "relato desvergonzado", su guardabosque. No había derecho, francamente. El libro fué prohibido en Inglaterra, y Lawrence hubo de imprimir una edición particular en Francia.

D. H. Lawrence dibujaba y pintaba, además, y el año 1929 quiso exponer una colección de sus originales creaciones en las Galerías Warren, de Londres. La pudibundez policíaca sintióse nuevamente enfurecida; tres lienzos hubieron de ser arrancados de las paredes, como "impropios para la exhibición en público", y un buen número de álbums conteniendo reproducciones de las obras pecaminosas fueron confiscados.

Se ha dicho que Lawrence padecía, como Strindberg, la obsesión sexual. De la morbosidad triste, negruzca, amarga, del escritor sueco, a la pugna evidente de Lawrence para sacar a luz las fuerzas, los impulsos más hondos del hombre y su plena, libre animalidad, yo veo una gran distancia. La obsesión existe. Discutir aquí sus probables causas y su forma de expresión nos arrastraría más allá de los límites de este artículo.

En una de las últimas páginas escritas por Lawrence, un vigoroso prefacio para el tremendo libro de Dahlberg, *Bottom Dogs*, hallo una síntesis clara y concisa de su pensamiento respecto a la actitud del hombre ante la indomable, impositiva, indiferente Naturaleza. Y también a la actitud del hombre de hoy frente a los demás hombres, una vez rotos por la vida moderna los viejos lazos de solidaridad elemental, de tribu y de clan, que los unieron. La propia reacción de Lawrence, pareja con la de otros escritores de su tiempo — Aldous Huxley, entre otros — no es ciertamente optimista ni del tipo usado por los predicadores — cívicos o religiosos —. Tiene inequívoco sabor de ceniza. Pero, ¿ganamos algo con engañarnos? La gran superioridad de ese individualismo cruelmente sincero es su labor de asepsia. Necesaria. Estamos en días de hondas transformaciones del conglomerado social; conviene tener la franqueza de mirarnos por dentro. Halláremos esa realidad sexual que domina la obra de Lawrence? Otras muchas cosas que deben ser tenidas en cuenta para todo intento de reconstrucción colectiva. Esas cosas son las que también ha hurgado D. H. Lawrence en sus novelas y sacado a la superficie.

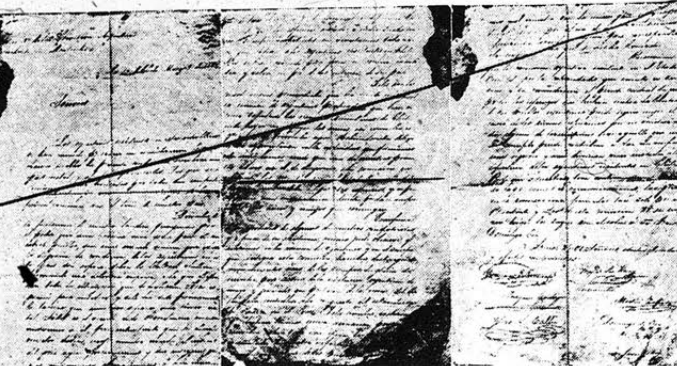
Como ese cuerpo, minado por la tuberculosis, por tempranas y repetidas privaciones, ha podido resistir tantos años de lucha y de intensa producción artística, sólo la extraordinaria vitalidad de su "llama interior", puede explicarlo. Alto, desgarrado, hundido el pecho, de pelo enmarañado y barba roja, Lawrence era una figura excepcional hasta en el aspecto físico. ¡Qué lejos de la suave belleza de Shelley! Su genio creador era asimismo febril y errático. Después de viajar durante seis meses sin trazar una línea, era capaz de sentarse a escribir y terminar una novela en seis semanas.

Dejó publicados 21 libros y varios en manos de editores. Sus tres mejores obras — según su propia opinión, compartida por muchos críticos — son *Sons and Lovers*, *Women in Love* y *Lady Chatterley's Lover*. Señalan el punto culminante en cada una de las tres etapas de su producción. Se advertirá que en el título de las tres vuelve, como un "leit-motiv" el vocablo *love*. No es mera casualidad; es más bien el símbolo que sintetiza su impulso dominante.

Ogier Preteceille

UN DOCUMENTO HISTORICO

El gobierno de Rosas al comenzar el año 1841 apareció consolidado e incommovible; la adhesión a la causa federal iba a rendir aún, por espacio de dos lustros, su tributo de obsecuencia.



Las reacciones verificadas en contra de la tiranía habían sido sofocadas con sangre, abatiéndose en aras del poder absoluto entrainado por el Restaurador de las Leyes. Las figuras más prominentes del unitarismo; Juan de Dios Montero, caído en el cuartel de la Recoleta, Zelarrayán en el Colorado, Berón de Astrada en Corrientes, Ramón Sáenz Valiente en los Montes Aéreos de Monsalvo, formaban los jalones en el camino del sacrificio unitario por donde poco tiempo después rodarían las cabezas de Marco Avellaneda, el héroe de Metán, y la del coronel Acha, el bravo vencedor de Angaco.

Las perspectivas del panorama político y social del país se presentaban oscuras, la coalición del norte había sido vencida, y Lavalle, el único contendiente serio y decidido de Oribe, después del desastre del "quebracho" iba a empezar su peregrinación hacia el norte con un ejército dividido y deshecho desde "San Calá" a "Famatina" para arribar a Jujuy en casa del gobernador Elías Bedoya y recibir la muerte, por aquella balaca casual escapada al fusil de José Bracho. (1)

Fácil es comprender que los unitarios de la época cedieron el campo al adversario, quien quedó momentáneamente libre y dueño del país. Los opositores emigraron al extranjero imitando a otros compañeros ilustres que vivían, hacía años, debatiéndose en la pobreza del destierro sin término, como el general Mitre lo ha expuesto al evocar a Esteban Echeverría, proscripto en Montevideo, "Vivía en un cuarto aislado, triste y desmudo, que bastaba a sus gustos modestos y sencillos, pero que revelaba la penuria del proscrito". (2)

Las crudezas del exilio separó a los hombres del credo de Rivadavia y de la "Asociación de Mayo", grupos dispersos se diseminaron por tierras extranjeras, para realizar desde allí la reacción por medio de las armas y también del pensamiento que verificaría la obra constructiva de la patria, surgida después de Caseros.

Varios países hermanos constituyeron los baluartes preferidos por aquellos soldados del ideal de Mayo que aunque separados fraternizaron en ideas y libraron la "batalla del papel impreso" que, examinada a través del tiempo, traduce haber recorrido sus autores toda la gama de la emotividad y del pensamiento, desde la erudición serena de Varela y el dogmatismo de Echeverría, hasta la polémica ardorosa de Sarmiento.

Es imposible desconocer la acción y el influjo de las ideas que los hombres de la proscrición ejercieron en los destinos futuros del país; al "Ejército Grande" le cabe la gloria de haber derrocado la

tiranía, pero a ellos será siempre un deber de gratitud reconocerles que edificaron los sillares incommovibles de la reconstrucción nacional. En Montevideo, Alsina, Mitre, Cané, Echeverría, Gutiérrez, Agüero, Alberdi, Ffármil; en Bolivia, Villafañe, Frías, Colombres, Arenales, Zubieta, fueron los obreros taraceados de abnegación y suficiencia intelectual en la hora del desastre, esforzándose a quienes más, por derribar el andamiaje de un gobierno que nuestras multitudes habian instaurado a expensas de la incomprensión de un unitarismo de formas y el usufructo de un federalismo práctico y de hecho.

A la misma contextura moral e ideológica de estos luchadores—esforzados pertenecientes al núcleo de hombres unitarios refugiados en Chile. Allí se encontraba, expatriado voluntario, el general Gregorio de Las Heras, venido al país hermano después de los sucesos producidos en 1826 a consecuencia de la Presidencia de Rivadavia (3) y acompañado en su obra a favor de la libertad de su patria por el austero Godoy Cruz.

En torno de ellos después, se fueron agrupando los argentinos que cruzaron la cordillera al consumarse el desastre de la primera etapa de llegar al Vicente Fídel López, arribado después del Domingo de Oro y Sarmiento, que al cruzar los Andes pudo contener la tentación de lanzarle un reto a la barbarie, dejando escrito en una roca el pensamiento de Parrot: "On ne tue point les idées".

Unidos todos en la brega, se inició la lucha, engrosando el número primogénito. Posse, Carril, Zapata, Calle, Videla, Corfnez y cien más que "convertidos en lanzadores del ideal" fueron y fueron indistintamente por los países de América, llevando el hilo de la libertad para vincularlos.

Los medios con que contaron los proscritos de Chile fueron tan precarios como los que poseyeron los refugiados del Uruguay y de Bolivia. Belín Sarmiento nos ha descrito en una página de su libro, como vivía su abuelo. "En los altos portales de Santiago, uno de los almacenes arriba de las galerías. Amplio espacio. Uno de los costados inclinado con claraboya. Cuatro sillones de paja descalabradas. Un cajón y una barriaca sosteniendo un tablon que servía de mesa de trabajo, llena de papeles y folletos. En el suelo, distribuidas, las entregas del Diccionario de la Conversación, era la biblioteca. Un montón de peltones y

recado era la cama". (4) Sin desmayar, conmagando en acción, entre la amistad de Lastarria, la protección de Montt, la polémica mantenida en "El Nacional" y la obra educativa en "Liceo", aquellos hombres organizaron bajo la presidencia de Las Heras, la "Comisión Argentina" de trabajos contra la tiranía. A los instantes de esa lucha pertenece un documento que muestra a lo vivo la situación de aquellos momentos, y ha llegado a nuestras manos por un descendiente de aquel claro espíritu de Florencio Varela, a quien le cupo en gloria ser confidente de Rivadavia y amigo de Tiburcio. La pieza histórica cedida por el doctor Luis M. Varela está fechada en Santiago de Chile el 4 de marzo de 1841 y va dirigida por la "Comisión Argentina" de Chile a la de análoga índole existente en Montevideo, que funcionaba bajo la presidencia de don Valentín Alsina. Lleva al pie, estampadas de puño y letra de los firmantes, los nombres de Gregorio de Las Heras, Domingo F. Sarmiento, Joaquín Godoy, Martín Zapata, José S. Calle, Domingo de Oro y Juan Godoy.

La redacción de la nota aparece con bella letra cursiva, exponiendo primero, el pensamiento animador de los proscritos, con respecto al sentimiento de unión de que todos están animados para proseguir la reacción contra Rosas.

"Los argentinos — enuncia — residentes en esta república, se han reunido para tomar en consideración lo que reclama de ellos la presente condición política de su país natal; y a tal efecto han acordado nombrar una comisión encargada de representarlos. Los que suscriben han sido honrados por todos sus compatriotas y elegidos para componerla, dirigiendo los esfuerzos comunes hacia el bien de nuestro país".

A continuación hay un recuerdo para la patria distante, un sentimiento doloroso que los vincula en la desgracia, una palabra de reconocimiento para el país hermano, la enunciación de lo único formal para ellos, la separación, una invocación a la Providencia que ha trazado sus destinos y un voto de que se unen en provecho de su país al decir:

"Privados de la protección de nuestra bandera, perseguidos por el poder que aun tiraniza una gran parte de estos pueblos, sin más vínculo común que el de la desgracia,

la condición de los argentinos en este país, solo reposa sobre la lealtad chilena, formando una dolorosa excepción a la que disfrutan todos los extranjeros que lo habitan. Todo es precario para nosotros y solo ha sido permanente la tierra que aun nos separa de la tierra natal. Si tal es el decreto de la Providencia, los sometemos a él, pero como tanto que se desea nuestro destino, exige nuestro nombre, el interés del país a que pertenecemos y sus antiguas glorias, que no nos abandonemos a una inacción que podría clasificarse de criminal indiferencia. Conociendo que los esfuerzos aislados e individuales son casi siempre importantes en circunstancias tales como las que rodean a los argentinos residentes en Chile, estos se han asociado para poner en común cuanto son y valen en pro de los intereses de su país".

Si omitir la cooperación de otros grupos de proscritos, dispersos en varios puntos del país hospitalario, se menciona la conciliencia en un núcleo reaccionario en Montevideo que ellos creen necesario al expresar:

"Tales son las consideraciones primordiales que he tenido en vista la reunión de argentinos practicada en esta capital, como también las relaciones comerciales que han tenido lugar en otros puntos secundarios de Chile, para reproducir y apoyar las miras, así como los esfuerzos de la formada aquí. Habiendo ésta delegado su representación en los individuos que firmamos esta nota; hemos creído que uno de nuestros primeros deberes era el de dirigirnos a la comisión que representa a los argentinos en el Estado Oriental del Uruguay, invitándola a ligar sus esfuerzos, y a poner en una comunicación directa, para darse recíprocamente los avisos y consejos que convengan".

Los unitarios de Chile reafirman y justifican su movimiento, lo en el texto de la nota un párrafo magnífico, dejando ver entre líneas la estirpe y la gloria de que están revestidos sus componentes, para mostrar el mérito y la pureza de los propósitos que los animan.

"Con ofensa de la modestia — dice — de algunos de nuestros compatriotas y a pesar de su resistencia, creemos justo observar que contamos en la revista de argentinos y en el cuerpo que integre esta comisión, hombres distinguidos, monumentos vivos de los tiempos de gloria de nuestro país, autores de la revolución argentina de mayo y generales que partieron de las riberas del Plata para contribuir a la conquista del estandarte de Pisarro en el

Perú. Tales hombres bastarían para ilustrar la más oscura asociación porque sus nombres valen toda una época, la más grande y señalada de nuestra infelicitada patria. (5) Estos nombres, el interés de los pueblos a que pertenecemos y el nuestro, son la única garantía que podemos ofrecer por ahora de sacrificio alguno, para corresponder a la confianza con que se nos ha honrado".

Como exposición final, la "Comisión Argentina" reconoce a la Banda Oriental su superioridad y mejor ubicación para desarrollar cualquier plan de operaciones, el que se encargara sea comunicado a la persona y dirección que se le cita.

"Reconociendo que la comisión argentina residente en el Estado Oriental, por las capacidades que cuenta en su seno y su inmediatez al punto central de que parten los esfuerzos que luchan contra la libertad de los pueblos argentinos, puede seguir mejor el curso de los sucesos, esferamos que no omitiremos, a través de los canales que se nos ofrecen, de transmitirnos todo aquello que en su concepto, pueda contribuir a dar un impulso más vigoroso y una dirección más acertada a la consagración de los argentinos residentes en Chile".

"Por lo que a nosotros toca continuaremos dirigiéndonos a V. V. nuestras comunicaciones, las que en lo sucesivo irá firmadas tan solo por el Presidente y Secretario de esta comisión. V. V. se servirán dirigir las suyas con el sobre a Don Francisco Domingo Oro".

La pieza histórica cuyo comentario hemos verificado al exponerla, tiene todo el valor de ser, para la "Comisión Argentina" residente en Chile, como el documento que constituye un número importante elemento de juicio para probar como fraternizaron y lucharon los hombres de un mismo ideal, para devolver a la patria la libertad. Manifiesta sobre todo, el reflejo de los días de angustias y de miserias materiales sufridas en el exilio, donde no se cesó por restar a la tierra natal, los principios sustentados en mayo.

(1) Por resolución de noviembre de 1842, debida a su buena suerte, fué agraciado con el título de Benemérito en grado heroico, el Sr. don Javier A. Silvestro "El Titán", de Rojas, pag. 134, Edic. 1914.

(2) Cita de R. Rojas "Los Proscritos" pag. 357, tom. I, quien a su vez la extrajo de "Obras de Echeverría", tomo V, pag. 548, edición 1890, Vicente F. López que lo frecuentó, se retiró a vivir a Chile, a pedido de su esposa, que pertenecía a la dilatada familia de los Larrain. Viudo ya, recordaba con cariño la tierra distante en manos del tirano. "Qué tierra aquella!" — decía. — "El suelo y el cielo son obras de la providencia, pero el estresado mi amigo! Cargue el diablo con él!"

(3) "El joven Sarmiento, pag. 65, Edición 1922, de Belín Sarmiento, que vivió 15 años al lado del prócer y de quien "Los Proscritos" de Sarmiento había preparado este nudo para que fuera albacea de una gloria".

(4) "Todo lo subrayado en el texto de la nota, nos pertenece".

EURINDIA Revista de Arte Directores: SIGFRIDO A. RADAELLI, ERWIN F. RUBENACH, VICTOR MAX WULLICH, BENNON 6707 BUENOS AIRES

LA VIDA LITERARIA

Director: ENRIQUE ESPINOZA

Después de haber publicado en sus páginas más de veinte traducciones distintas de Waldo Frank, H. L. Mencken, Sherwood Anderson, R. B. Cunningham Graham, Paul Claudel, Eugene O'Neill, Wolfgang Koehler, Claire Goll, A. Yarmolinsky, Benjamin Fondane, Pierre Jean Jouvet, Walt Whitman, Robert Frost, Edwin Arlington Robinson, Rachel Lindsay, Carl Sandburg, Edward Lee Masters, Conrad Aiken, Edwin Searver, Aldous Huxley, D. H. Lawrence, LA VIDA LITERARIA ha ofrecido en sus últimos números las siguientes traducciones:

No. 29 Guillermo Enrique Hudson: Mi primera visita a Buenos Aires (traducción de Eduardo Hillman)

No. 30 Alberto Einstein: Un discurso inédito (traducción de B. Sanín Cano)

No. 31 Joseph Deltiel: Los sortilegios de la noche (traducción de Lyzandro Z. D. Gallier)

No. 32 Aldous Huxley: Modas en el amor y noche de música (traducción de Hector Meyer)

No. 33 Egon Friedell: Anacleas (traducción de Oscar Cohan)

No. 34 Franz Werfel: Realismo y Espiritualidad (traducción de Oscar Cohan)

No. 35 Henry Michaux: Amores (versos) (traducción de Lyzandro Z. D. Gallier)

No. 36 E. E. Cummings: Impresión (versos) (traducción de Jacinto Cárdenas)

No. 37 Sherwood Anderson: Una historia de espíritus (traducción de LA VIDA LITERARIA)

No. 38 Oliver Werner: El arte de Lytton Strachey (traducción de Oscar Cohan)

No. 39 Jorge Santayana: Paganismo (traducción de A. Marchalier)

No. 40 Goethe: Quinta Elegía Romana (traducción de Martínez Estrada)

No. 41 André Gide: Goethe (traducción de Luis Franco)

No. 42 Stefan Zweig: La Elegía de Marienbad (traducción de Oscar Cohan)

No. 43 Waldo Frank: Un nuevo americano (traducción de LA VIDA LITERARIA)

Quedan algunos ejemplares en nuestra Administración: Avda. de Mayo 560. Precio de cada número, \$ 0.20 m/n.

BIBLIOGRAFIA

CRITICA Y ARTE

de B. SANIN CANO

CASA EDITORIAL Bogotá 1932

No obstante la prodigalidad con que entre nosotros se discute el título de maestro, puede contarse con los dedos de una sola mano el número de los que realmente lo merecen en todo el continente. Entre estos pocos está don Baldomero Sanín Cano, ciudadano de Colombia, a quien más de una vez consideramos escritor argentino por haber realizado la mayor parte de su obra en la prensa de nuestro país. Pero mientras Sanín Cano reside en Europa como corresponsal de "La Nación", la gente remisa en advertir los méritos de un escritor fuera del libro y sin el auxilio de la crítica, considerábalo tan solo un "distinguido periodista".

Recién cuando Sanín Cano pasó, pocos años después de la gran guerra de Madrid a Buenos Aires, un grupo de jóvenes entre los cuales tuvimos el honor de figurar en primera línea, lo recibí aquí como a un maestro. Y en 1925, al publicarse en Buenos Aires, por intermedio de la Biblioteca "Babel", su primera colección de ensayos bajo el título del más importante de ellos: La Civilización Manual, el nombre de Sanín Cano alcanzó idéntica significación en España y en todos los países de nuestra América.

A La Civilización Manual, siguió pronto un segundo libro de ensayos publicado en Bogotá bajo el título de Modas en el amor y noche de música, y ahora de Idagaciones e Indaguen. Y aún nos llega de la misma ciudad un tercer volumen: Crítica y Arte, que contiene los mejores artículos publicados por Sanín Cano entre 1925 y 1931, además de una meditación final escrita en 1907, pero que parece de ahora hasta por título: "Preparación para el 'vidio'".

Crítica y Arte se abre con un magnífico ensayo sobre "Aldous Huxley o la idolatría de la vida". En pocas páginas Sanín Cano traza el perfil de este joven escritor inglés, apenas conocido entre nosotros, para analizar en seguida muy detenidamente el más considerable de sus libros de crítica: "Do what you will", primeras palabras de un verso de William Blake, cuya traducción castellana sugiere Sanín Cano con otra frase trunca: "Por más que...". en que parece ir envuelta una idea de tan vastos alcances como el Enten Eller de otro místico y atormentado que llevó el nombre, significativamente, danés, de Kierkegaard.

Esta capacidad de asociar lo moderno de todos los tiempos, es decir, lo perdurable, que Sanín Cano posee en grado sumo — mereced a su vasta cultura literaria y a su dominio de los principales idiomas europeos, consiéntele que sus mayores virtudes, que le permite presentar al lector la visión total de una idea por medio de una verdadera síntesis. Ejemplo de ello es este ensayo inicial sobre Aldous Huxley y los que le siguen en Crítica y Arte sobre: "Bernard Shaw o el sentido común", "Coudenhove Kalergi o el ente de razón", "Eugene O'Neill o el predestinado", "Fray Luis de León o el lirismo judaico", etc.

El paralelo entre Emil Ludwig y Lytton Strachey; "Nuevos comentarios a la biografía"; la inabundante referencia pronunciada en "Amigos de Arte: Una gran aventura" y el estudio a través de Hoeffding del "Grande Humor".

Pero no sólo de libros y autores extranjeros se trata en Crítica y Arte. También aparecen en sus páginas autores y aspectos americanos. Así en "Miguel Cané o los hombres que hicieron Argentina", "Camilo Antonio Echeverría o un humorista frustrado", "Guillermo Valencia o el modernismo", "Rafael Maya o la pasión estética", "José Carlos Mariátegui o la conciencia de una raza".

Imposible detenerse en una simple noticia de bibliografía a señalar el contenido de cada uno de estos ensayos.

BABEL

Director: SAMUEL GLUSBERG

ALGUNAS DE LAS OBRAS EXISTENTES

Table listing literary works and their prices, including Leopoldo Lugones' 'La gran Argentina', 'Historia de Sarmiento', 'Estudios helénicos', etc.

Table listing literary works by Horacio Quiroga, including 'Historia de un amor turbio', 'El desierto', 'Cuentos de Sarmiento', etc.

Table listing literary works by Enrique Espinoza, including 'Argentina', 'Oro y piedra', 'Netibhal', etc.

Table listing literary works by E. Martínez Estrada, including 'Argentina', 'Oro y piedra', 'Netibhal', etc.

Table listing literary works by Luis Franco, including 'América incluida', 'Los trabajos y los días', 'Los hijos del Lantay', etc.

Table listing literary works by Roberto Gache, including 'Balle y filosofía', 'Paris, glorioso argentino', 'Pescamientos de Marco Aurelio', etc.

Table listing literary works by Arturo Capdevila, including 'La filosofía del mundo', 'Los paradisos prometidos', 'Luis Cane', etc.

Table listing literary works by Luis Cane, including 'Meditaciones', 'Tempo de vivir', 'Albino', 'La Jofaina maravillosa', etc.

Table listing literary works by Guillermo Estrella, including 'Los egipcios', 'El dueño del incendio', 'R. Saenz Hayes', etc.

Table listing literary works by B. Sanín Cano, including 'La civilización manual', 'Manual de la Historia de la Literatura española', 'Fitzmaurice - Kelly', etc.

Table listing literary works by Benito Lynch, including 'Las mal llamadas', 'Jose Pedroni', 'Rafael Alberto Arrieta', etc.

Table listing literary works by Evar Menéndez, including 'El jardín secreto', 'Mario Bravo', 'Martín Gil', 'Agua mansa', etc.

Table listing literary works by Fernando Díez de Medina, including 'Imagen', 'El jardín secreto', 'Mario Bravo', etc.

MEGAFONO Revista bimestral Directores: HORACIO ESPINOSA, ALFAMIRANO y DIEGO CORDOBA Republica del Salvador 59 MEXICO D. F.

RICARDO PICCIRILLI

EURINDIA Revista de Arte Directores: SIGFRIDO A. RADAELLI, ERWIN F. RUBENACH, VICTOR MAX WULLICH, BENNON 6707 BUENOS AIRES

FRANCISCO AMIGHETTI

"RADIOGRAFIA DE LA PAMPA"

Nuestro compañero Ezequiel Martínez Estrada acaba de poner fin a la obra de interpretación nacional en que viene trabajando desde hace varios años. El libro aparecerá dentro de pocos meses bajo el título de "Radiografía de la Pampa" y constará de seis partes denominadas: La soledad; Trapalanda; Las fuerzas primitivas; Buenos Aires; El miedo y Las falsas estructuras.

Publicamos en este número una página referente a la calle Florida que de seguro será tan apreciada por nuestros lectores como las otras que publicamos del mismo libro sobre Trapalanda, El cuchillo y El taugo.

MÁS SOBRE EL PREMIO NOBEL

En "Journal do Brasil" del 12 de mayo, Ruberto Couto protesta contra la adhesión de algunos académicos cariocas a la candidatura de Gálvez al premio Nobel. No se opondría, dice — si se tratara de apoyar a Horacio Quiroga — Gabriela Mistral, Alfonso Reyes o Francisco García Calderón. Pero Gálvez, sostiene, carece de significación continental y la firma de algunos académicos en su favor no pasa de una cortésia diplomática solicitada por el ministro argentino en Río, Dr. Mora y Araujo...

A ruego del mismo Gálvez, agregamos nosotros que conocemos de cerca al "insigne nobelista" (como tomar, pues, el serio, una candidatura que reditaba con agravantes la presentación) ridícula de Bianco Formosa hace cinco años? Porque ni siquiera en eso cae original el señor Gálvez.

ORTIZ DE MONTELLANO

El director de la notable revista "Contemporáneos" nos comunica la suspensión de la misma al enviarnos el fineto sobre que publicamos en este número. Hacemos votos por la pronta reanudación de "Contemporáneos", junto con las otras publicaciones americanas de igual índole.

EXPOSICION DE AMIGHETTI

El 8 de junio inaugurará en una sala de "Amigos del Arte" su exposición de dibujos y xilografías nuestro querido huésped el pintor costarricense Francisco Amighetti. Entre sus cartones figurarán varios retratos de nuestros compañeros de redacción, entre otros, el de Leopoldo Hurlado, que reproducimos en este número.

F. ALBERTO MOLAS TERAN

El 19 de mayo falleció en Buenos Aires, víctima de un ataque de apendicitis, el presbítero Alberto Molas Teran, periodista y escritor de mucho prestigio en los círculos católicos y uno de los primeros suscriptores de LA VIDA LITERARIA.

NOTAS Y NOTABILIDADES

ASTERISCOS

El famoso crítico y ensayista inglés Desmond MacCarthy, director de la revista "The Nation and Letters", de Londres, ha leído por radio a principios del mes pasado una conferencia sobre la vida y obra de Guillermo Enrique Hudson.

Después del éxito obtenido en Alemania por "Der Arme Villon" (El pobre Villon) del ruso Josth Caprio, se anuncia una traducción francesa de este libro que Alfred Kerr ha descrito como el mejor de cuantos se han publicado sobre Villon.

En la página 170 del libro "Cómo es Rusia" de L. M. O'Flaherty, — alias "El ariscado", según Marchal — encontramos las siguientes palabras sobre nuestra ciudad en boca de un funcionario público moscovita llamado Kotov:

"Moscú es el centro del gobierno — dijo. — Tiene un enorme interés estratégico para nuestros campesinos. Merece la pena anular por eso, aunque costara mucha regulación, convertirlo en una ciudad modelo, como, por ejemplo, Buenos Aires."

El editor Martin Secker acaba de publicar en Inglaterra el libro póstumo de D. H. Lawrence titulado "Apocalypse" que anunciamos al aparecer la primera edición de lujo en Florencia. Esta nueva edición inglesa tiene una interesante carta prólogo de Richard Aldington dirigida a la mujer de Lawrence, quien por su parte está escribiendo un libro sobre el genial compañero de su vida.

Según la revista "Everyman" de Londres, uno de los libros más aleccionadores que se han escrito en este siglo sobre poesía moderna es "New Bearings in Poetry" by F. R. Leavis.

En su último libro: "El estado espiritual de la época", Jasper cita como precursoras de la crítica de nuestro tiempo a Walther Rathenau y Oswald Spengler. Rathenau — afirma — hace ya en 1912 un análisis profundo de la mecanización de la vida.

En la revista berlinesa "Tag und Nacht" Henri Mann ha dado la siguiente definición de Hitler: "Un comediante americano que explota una tara antisemita; el anticomunismo."

COMISION PROTECTORA DE BIBLIOTECAS POPULARES

El 21 del corriente realizáronse en el Hospital Rivadavia una penitencia pero significativa ceremonia con motivo de la entrega de los libros donados por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares a dicho hospital. En nombre de la entidad donante hizo uso de la palabra su presidente D. Juan Pablo Echagüe. He aquí sus palabras:

"Ensayamos por primera vez, según entiendo, plantar de manera permanente bibliotecas de esta especie. Algunos particulares animados de sentimientos filantrópicos — facultativos casi siempre — intentaron ya la empresa, pero sus luctuosos esfuerzos resultaron efímeros. La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, que aspira a extender e intensificar la acción cultural prevista por sus creadores, garantiza para la población argentina, toma ahora a su cargo la tarea, con la esperanza de que el apoyo oficial consolidará un designio que tiene a ilustrar y a confortar, a un mismo tiempo, a los que sufren. Podrá ser el tedio un signo de aristocracia, como lo afirmaba Goussier, pero para los enfermos es, sin duda, un agravante. El paciente, en cuyo espíritu manifiesta la inquietud un largo aljézar, — para emplear la bella expresión de un poeta nuestro — se distrae y se distrae con la lectura del dolor físico. Una leyenda entretiene, un cuento humorístico, las narraciones y el viaje, la historia y la geografía compendiosa abayentando el pesimismo, acortan las horas que tardan zorzosa, aunque las facultades contemplativas, fecundan las inteligencias y ayudan a sanar. La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares considera que habrá alcanzado uno de sus más nobles fines si, con los libros que trae, consigue condicionar a la generosa obra que en esta casa se realiza, vale decir, la de "curar", que etimológicamente, significa restituirle al cuerpo y al alma la salud."

"Compones la colección que donamos al hospital Rivadavia libros argentinos y libros extranjeros, elegidos todos ellos con criterio selectivo y para necesidades diversas, sin perder de vista el objeto a que vienen destinados. Deliberadamente hemos querido entregar este primer conjunto a las beneméritas damas de la Sociedad de Beneficencia. Ningunas manos como las femeninas — manos maternales, Buenos piedad, de bendición, manos que sostienen con firmeza — como las de las niñas de los dolientes las páginas bienhechoras con tan comunicativa fe como la que expresaba el poeta inglés en esta frase: "Creo en Dios y en los buenos libros."

En la Cámara de Diputados el representante socialista Ambrogi Ghidoli, profesor normal y director de "La Vanguardia", interpuso recientemente al Ministerio de Instrucción Pública. Fue no para preguntarle por qué el actual gobierno mantenía la clausura impuesta al Colegio Nacional Carlos Pellegrini y sus cátedras a sus profesores sesantes (algunos de los cuales, lo mismo que muchos alumnos, han tenido que pasar al Colegio Internacional de Olivos, apoyándose en otro decreto del gobierno de facto, del número de alumnos que el profesor de literatura del Colegio Internacional había librado del examen, el año pasado.

En la Cámara de Diputados el representante socialista Ambrogi Ghidoli, profesor normal y director de "La Vanguardia", interpuso recientemente al Ministerio de Instrucción Pública. Fue no para preguntarle por qué el actual gobierno mantenía la clausura impuesta al Colegio Nacional Carlos Pellegrini y sus cátedras a sus profesores sesantes (algunos de los cuales, lo mismo que muchos alumnos, han tenido que pasar al Colegio Internacional de Olivos, apoyándose en otro decreto del gobierno de facto, del número de alumnos que el profesor de literatura del Colegio Internacional había librado del examen, el año pasado.

En la Cámara de Diputados el representante socialista Ambrogi Ghidoli, profesor normal y director de "La Vanguardia", interpuso recientemente al Ministerio de Instrucción Pública. Fue no para preguntarle por qué el actual gobierno mantenía la clausura impuesta al Colegio Nacional Carlos Pellegrini y sus cátedras a sus profesores sesantes (algunos de los cuales, lo mismo que muchos alumnos, han tenido que pasar al Colegio Internacional de Olivos, apoyándose en otro decreto del gobierno de facto, del número de alumnos que el profesor de literatura del Colegio Internacional había librado del examen, el año pasado.

En la Cámara de Diputados el representante socialista Ambrogi Ghidoli, profesor normal y director de "La Vanguardia", interpuso recientemente al Ministerio de Instrucción Pública. Fue no para preguntarle por qué el actual gobierno mantenía la clausura impuesta al Colegio Nacional Carlos Pellegrini y sus cátedras a sus profesores sesantes (algunos de los cuales, lo mismo que muchos alumnos, han tenido que pasar al Colegio Internacional de Olivos, apoyándose en otro decreto del gobierno de facto, del número de alumnos que el profesor de literatura del Colegio Internacional había librado del examen, el año pasado.

DRIEU LA ROCHELLE

En el momento de cerrar este número llega a Buenos Aires Pierre Drieu La Rochelle, el joven y talentoso escritor francés. Trae el propósito de ofrecer cuatro conferencias en los "Amigos del Arte" para poner en duda la muerte de Europa, y comprobar, de paso, si realmente los argentinos tienen — como dijo en "Sur" — la cabeza en la sardacha y los pies en el trópico... Por nuestra parte, esperamos con doña Victoria Ocampo que el soldado de los hordos del Scap, cambie ahora su punto de vista y coincida sin duda en lo que es vital con Keyserling y Waldo Frank.

LIBROS RECIBIDOS

Introducción a la estilística románica, por K. Vossler, L. Spitzer y H. Hatzefeld. Traducción y notas de Amalio Alonso y Raimundo Lida. Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1932.

La Luciférraga, por Mariano Azuela. España. Calpe. Madrid, 1932.

Poemas sonámbulos, por Pablo Rojas Guardia. Editorial "Elite". Caracas, 1931.

Pespio, por Juan Filloy. Editorial privada. Buenos Aires, 1931.

En la torre de marfil. Poemas por Manuel Moreno Mora. Cuenca, 1930.

Poemas automáticos, por Manuel Agustín Aguirre. Guayaquil, Ecuador, 1931.

Carnalívaca, novela de las tierras rojas, por Andrés Gárra-falle. Nascimento. Santiago de Chile, 1932.

Como ellos quieren, por José Icaza. Editorial Bolívar. Quito, 1931.

Imagen, poemas, por Fernando Diez de Medina. La Paz. Bolivia, 1932.

Tierra maldita. (Poemas), por Gaspar L. Benavente. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1932.

Melodías, por Salvador Merlino. J. Sáenz, editor. Bs. Aires.

Le pedecor de l'Atlanter, por Armando Godoy. Éditions E. Paul Freres. Paris, 1931.

La Asonada, novela mexicana, por José Anicésidor. Editorial Integral. Jalapa-Veracruz. México, 1931.

En vaso de Mirano, por Hortensia Margarita Raffo. J. Sáenz, editor. Buenos Aires.

Insectos por el viento, por Carlos B. Quiroga. Buenos Aires, 1931.

Gajo de crepúsculos, por Vicente Moreno Mora. Cuenca, Ecuador, 1932.

Páginas de ayer, por Froylán Funcios. "Le libro libre". Paris, 1932.

Crítica y Arte, por B. Santa Cano. Librería Nueva. Casa editorial Borgeá, 1932.

El Estado Equitativo, por Leopoldo Lueros. Editora Argentina. Buenos Aires, 1932.

Adler and Schlang. Roman del Movimiento revolucionario. J. Engelhorst Nachf. Stuttgart, 1932.

El Tanco, novela por Arturo Mejía Nieto. Xilografías y tapas de Francisco Amighetti. Editorial Tor. Bs. Aires, 1932.

Ceros a la ignominia. Poemas del ejército militar, por Aristóbulo Echegaray. Ediciones Biblioteca P. A. C. Volumen I. Buenos Aires, 1932.

El fopel, novela, por Mateo Bozz. Editorial Santa Fe de la Vera Cruz, 1932.

La Cruz, por Alberto Ghiraldo y F. Fernández Gómez. Biblioteca Social Económica. Bs. Aires.

Sin sentido, por Jorge Icaza. Editorial Alba. Quito, 1932.

La función estética del lenguaje (Folleto), por A. Herrero Mayor. Porter Hnos. Impresores Buenos Aires, 1932.

Claridad. Poemas revolucionarios, por Jesús Sansón Flores. Morelia. Michoacán, México.

Letras, por Rafael Vázquez. Bogotá. Colombia, 1932.



D. FRANCISCO CHELIA

El Colegio Internacional de Olivos celebra en este mes de mayo el cincuentenario de su fundación. Al asociarnos desde esta página a tan singular acontecimiento, es justo destacar en primer término la figura de D. Francisco Chelía, su actual director, pues a él debemos la singularidad de Olivos a LA VIDA LITERARIA.

En efecto, mientras nuestras instituciones oficiales y políticas permanecen indiferentes, cuando no hostiles, a nuestra obra de cultura, D. Francisco Chelía, siguiendo una conducta que es tradicional en su colegio, ha estimulado decididamente. Esta experiencia nuestra — que en verdad no es única — puede servir de indicio a nuestros lectores para apreciar con más merecimiento a D. Francisco Chelía. Por eso le dejamos aquí sintetizada en el cincuentenario del Colegio Internacional de Olivos.

En la Cámara de Diputados el representante socialista Ambrogi Ghidoli, profesor normal y director de "La Vanguardia", interpuso recientemente al Ministerio de Instrucción Pública. Fue no para preguntarle por qué el actual gobierno mantenía la clausura impuesta al Colegio Nacional Carlos Pellegrini y sus cátedras a sus profesores sesantes (algunos de los cuales, lo mismo que muchos alumnos, han tenido que pasar al Colegio Internacional de Olivos, apoyándose en otro decreto del gobierno de facto, del número de alumnos que el profesor de literatura del Colegio Internacional había librado del examen, el año pasado.

Ahora bien, no es de extrañar el injusto cargo del señor Ghidoli a un profesor que es doblemente su colega — como director de LA VIDA LITERARIA — si se tiene en cuenta que el diputado interpelante, fué quien dirigió, no hace mucho, la campaña de injurias contra los otros socialistas que habían salido de su misma escuela...

Uno de ellos, justamente, el diputado Roberto F. Ghidoli, que fué profesor de literatura durante muchos años en el Colegio Internacional de Olivos, hizo en la misma sesión el elogio de D. Francisco Chelía.

PREMIOS NACIONALES

El 20 de mayo expidióse el jurado del concurso literario nacional correspondiente a 1932. El primer premio, de \$ 30.000, fué adjudicado al libro "Babel y el castellano" de Arturo Capdevilla; el segundo, de \$ 20.000, al libro "Poetas" de Fernández Moreno; y el tercero, de \$ 10.000 a una obra de Derecho.

De los dos libros nombrados ocupóse oportunamente en LA VIDA LITERARIA, abierto Gerchunoff y Enrique Espinosa. Pero, en verdad, más que a dichas obras los premios fueron concedidos a la producción total de Capdevilla y Fernández Moreno. En ese sentido, no pueden tacharse de excesivos — por ocurrir en injusticia.

BANCO ARGENTINO URUGUAYO SOCIEDAD ANONIMA ARGENTINA. HEMOS MECANIZADO TODOS NUESTROS SERVICIOS, LLEVANDOLOS A UN GRADO DE RAPIDEZ Y EFICIENCIA NO IGUALADO HASTA AHORA. CUENTAS CORRIENTES PERSONALES. Nuestra CUENTA CORRIENTE PERSONAL significa COMODIDAD, AHORRO y SEGURIDAD. El sistema más práctico y seguro para el manejo de fondos. Abonamos un interés anual de 3% EN CAJA DE AHORROS. Abonamos 5% de interés anual con capitalización trimestral. Avenida Roque Sáenz Peña esquina San Martín

Colegio Internacional de Olivos. (Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California) Director FRANCISCO CHELIA. Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. — Enseñanza secundaria y primaria. — Incorporado al Colegio Nacional. — Se preparan alumnos durante las vacaciones. Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural. A dos cuadras de las Estaciones de OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.) NUMERO DEL TELEFONO: 90 OLIVOS